

DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO

Una de las mayores dificultades que tiene el hombre moderno es aceptar una ley que venga de fuera. Todos escuchamos en nuestro interior la voz de la conciencia que nos mueve a obrar el bien y a evitar el mal. Esa voz, que suena en nuestro interior, la reconocemos como dotada de autoridad. A través de la conciencia Dios nos habla desde el interior de nosotros mismos. Es así porque los mandatos morales se ordenan a la felicidad y al bien del hombre.

Dios es bueno, quiere mi bien, y quiere que el hombre consiga ser feliz. Querer los mandamientos de Dios es, por tanto, querer mi propio bien. La desobediencia a la voluntad de Dios deshumaniza al hombre. Y, aunque muchas verdades morales las podemos conocer por la sola razón, lo cierto es que mi naturaleza caída, a veces, me hace incapaz de reconocerlas. Por eso Dios entregó a Moisés los diez mandamientos.

En el Evangelio, Jesús nos alerta de que existe la posibilidad de reducir el alcance de lo que Dios nos manda. Al hacerlo, reducimos también nuestra felicidad y negamos la dimensión de plenitud a que estamos llamados. Algo así pasaba entre los contemporáneos de Jesús y nos puede pasar a nosotros. De ahí las enseñanzas del sermón de la Montaña que hoy escuchamos.

Jesús no anula la ley antigua, sino que la lleva a su plenitud. Dicha plenitud la encontramos en su persona, pues en Él se hace carne el Amor infinito de Dios, y cumple los mandamientos y la voluntad de Dios, que le lleva a la resurrección, a la plena felicidad del hombre. Por eso sólo Él puede ayudarnos a comprender en plenitud el alcance de los preceptos.

Nosotros tendemos a reducirlos, a hacerlos fáciles, y a convertirlos en letra muerta. Es así porque los vemos más como limitaciones que como posibilidades. Nuestro afán de falsa libertad nos lleva a luchar contra esos límites y, por lo mismo, a reducir el alcance de la ley.

Pero la ley no es contraria al hombre sino que ha sido dada para su bien. De ahí que debamos agradecerla y tomarla como un punto de partida para ir mucho más lejos. Sabemos que las enseñanzas de Jesús no se quedan ahí sino que llevan a amar como Él nos ha amado.

Con la Eucaristía, acepto a Cristo en mi vida, y como alimento, me da las fuerzas que necesito para avanzar cada día en el camino de la verdadera libertad y de la verdadera felicidad.

Pidamos a la Virgen María de no caer en la soberbia de rebajar las exigencias de Jesús, que no caiga en la tentación de hacerme mi propia religión, más comprensiva y más fácil, pero que no me va a hacer feliz ni me va a salvar.